



**LA GRANDEZA DEL HOMBRE  
DEPENDE DE LA CERCANÍA CON DIOS**

# **LA GRANDEZA DEL HOMBRE DEPENDE DE LA CERCANÍA CON DIOS**

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:  
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

**[www.eresbautizado.com](http://www.eresbautizado.com)**

**<https://www.facebook.com/eresbautizado>**

**Primera Edición**

**JUNIO 2017**

**5,000 Ejemplares**

# LA GRANDEZA DEL HOMBRE DEPENDE DE LA CERCANÍA CON DIOS



Es verdad, para los creyentes, que el ser humano es la obra maestra salida de las manos de Dios, su Creador.

Todos los humanos estamos compuestos de cuerpo y alma, materia y espíritu. El cuerpo es la máquina más perfecta y compleja jamás soñada. En y por su cuerpo, el hombre participa y se asemeja a la naturaleza de los animales, aunque es incomparablemente superior. Por su alma, el hombre participa y se asemeja a la

naturaleza divina: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”.

El alma está dotada por Dios de inteligencia y libertad, es espiritual e inmortal y ella refleja a su Divino Creador. La misma Biblia revela la grandeza del ser humano, cuando en ella leemos: “Lo hiciste poco inferior a los ángeles. Lo coronaste de gloria y dignidad. Le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies”. He aquí, breve y sucintamente proclamada, la grandeza de la condición humana tal como salió de las manos de Dios.

Todos los hombres somos como Dios nos ha hecho y nosotros nos hemos estropeado, por efecto y consecuencia del mal uso de nuestra libertad y del pecado de origen de nuestros primeros padres.

Hagamos ahora una breve síntesis de los dos extremos de nuestra condición humana.

No son muchos los humanos conscientes de su pequeñez, limitación e insignificancia. Se ha perdido, en general, el sentido de la proporción y perspectiva del mundo en que vivimos, tan pequeño él, en comparación con el universo o macrocosmos. Los datos y cifras astronómicas nos dan a conocer nuestra mínima realidad.

Hay que ver qué alboroto y el daño, violencia, destrucción y muerte de que somos capaces de hacer los hombres en nuestra efímera existencia. Muy capaces de poner todo “patas arriba” y trastocar todo orden establecido, destruyendo cuanto se nos ponga por delante.

Persiste en casi todos un afán desmesurado de soberbia y autosuficiencia. Cada hombre trata de pisar al otro y sobresalir, como sea, sobre los demás, con un afán rabioso de protagonismo, ignorando lo que en realidad somos: Seres insignificantes y anónimos, perdidos entre millones y millones de otros hombres, que nos precedieron, de los actuales y de los venideros.

“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?”. Pero todavía hay más, si palpamos nuestra fragilidad y vulnerabilidad, nuestra finitud y caducidad. Nuestra vida como un suspiro, como un abrir y cerrar de ojos, como la hierba del campo que por la mañana florece y por la tarde se marchita, así es de perenne y duradera la existencia humana, comparada

## La Grandeza del ser Humano



con la eternidad. “Los siembras año tras año, como hierba que se renueva, que florece y se renueva por la mañana y por la tarde se corta y se seca”, nos dice la Biblia: “Aunque uno viva 70 años y el más robusto hasta 80, la mayor parte son fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan”.

Resulta pues natural, tras asumir las anteriores reflexiones, dirigirse a Dios, desde la humildad y constatación de nuestra pequeñez personal y colectiva, con éstas o

parecidas palabras, también del Libro sagrado: “Enséñanos, Señor, a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato y amoroso”

Gracias al misterio de la Encarnación, por la cual el Hijo de Dios, Jesucristo, se hizo hombre y asumió la naturaleza humana, en todo igual a nosotros, menos en el pecado, el hombre, por la misericordia infinita de Dios y los méritos de Jesús, es elevado a su más alta condición de gracia, dignidad e inmortalidad, jamás soñadas.

De ser insignificante, pecador y miserable criatura, el hombre entra a formar parte, por el sacramento del bautismo, de la sublime condición y dignidad de hijo de Dios, partícipe de la naturaleza y Vida divina de su Creador, y



con el derecho inalienable y personal a gozar de la vida eterna de Dios.

“Reconoce, oh cristiano, tu dignidad”  
Hermano, no cambies tu derecho de primogenitura por un plato de lentejas, ni por todo el oro del mundo.

“Los padecimientos del tiempo presente, no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros”. “Ni el ojo humano vio jamás, ni el oído humano oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman”. “Somos forasteros y peregrinos sobre la tierra. No tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna”.

Jesús, perfecto Dios y perfecto Hombre, nos habla a lo largo del Evangelio, de la cercanía

de Dios en la vida de los hombres y de su amorosa paternidad. Son incontables las veces que Jesús da a Dios el título de Padre en sus diálogos íntimos y en su doctrina a las muchedumbres. Habla con detenimiento de su bondad como Padre: retribuye cualquier pequeña acción, pondera todo lo bueno que hacemos, incluso lo que nadie ve. Es tan generoso que reparte sus dones sobre justos e injustos, anda siempre providente sobre nuestras necesidades.

Nosotros, por nuestra limitación humana, no conocemos del todo hasta qué extremos está Dios con nosotros en todos los momentos de la vida. Esta cercanía se hace especialmente próxima cuando Dios ve que estamos recorriendo el camino hacia la santidad.



Siempre está con nosotros como un Padre que cuida a su hijo pequeño.

Ser hijos de Dios no es una conquista nuestra, no es un progreso humano, sino un don divino, don inefable que hemos de considerar y de agradecer frecuentemente todos los días.

La filiación divina será fundamento de nuestra alegría y de nuestra esperanza al realizar la tarea que el Señor nos ha encomendado. Aquí está nuestra seguridad ante los posibles temores y angustias: Padre mío. "Llámale Padre muchas veces al día, y dile a solas, en tu corazón, que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo".

Dios Padre nos ve cada vez más como hijos suyos en la medida que nos parecemos a su Hijo Jesucristo: si procuramos trabajar como Él, si tratamos con misericordia a nuestros hermanos los hombres, si reparamos por los pecados del mundo, si somos agradecidos como lo era Jesús.

La gracia santificante, que recibimos en los sacramentos y a través de las buenas obras, nos va identificando con Cristo y haciéndonos hijos, pues Dios Padre tiene un solo Hijo, y no cabe acceder a la filiación divina más que en Cristo, unidos e identificados con Él, como miembros de su Cuerpo Místico: vivo yo; pero ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mí, escribía San Pablo a los Gálatas. Mientras más nos identificamos con el Señor, vamos creciendo en el sentido de la filiación divina.

Ha llegado, por fin, el gran día en que la cercanía de Dios a nosotros se ha hecho presencia visible y palpable en Jesús, nacido virginalmente de María en el silencio de la noche, en la soledad de un pesebre. La cercanía de Dios, la presencia de Dios en el mundo, se verifican ahora de un modo nuevo, impensado, gratuito, un modo que manifiesta su inmenso amor a los hombres. Dios estaba ya presente en la creación, que tiene origen en su omnipotencia, puesto que todo se encuentra sometido a su poder, como desnudo ante sus ojos; Él es, en efecto, la causa universal del ser de cuanto existe. Pero a partir de la noche de Navidad, Dios está personalmente presente en el Hijo hecho hombre; en Jesús, verdadero Dios que asumió nuestra naturaleza, nuestra historia, nuestro destino, y se hizo hombre verdadero para

hacernos participar de su vida divina, para estrecharnos en íntima comunión con Él, para incluirnos en la familia de la Trinidad.

La cercanía de Dios nos inspira una gran confianza. La humanidad de Jesús es el instrumento de la gracia. Del Verbo encarnado, escribe, San Juan en el prólogo de su Evangelio: de su plenitud todos nosotros hemos participado y hemos recibido gracia sobre gracia. Durante su vida terrena, con sus manos, Jesús bendecía y sanaba; así también ahora, nos alcanza y nos toca con la eficacia de sus sacramentos. Cuando recibimos su Cuerpo y su Sangre en la Santísima Eucaristía, de su humanidad brota la gracia que nos santifica.



La confianza implica una esperanza robusta, la seguridad, cargada de afecto, de que el Señor se ha hecho nuestro

hermano y está siempre con nosotros, dispuesto a ayudarnos, a brindarnos su amistad, su intimidad, a enriquecernos con los dones de su Espíritu. Tenemos que honrar a nuestro Padre Celestial, con una actitud positiva y amorosa, a todo lo que creo, y respetando y amando a la creación, para cuando tengamos que partir de la vida terrenal, seamos dignos hijos de Dios.

